

Numero 21

Año I



El Album

DE MADRID

Semanario ilustrado

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17, MADRID

1-SEPTIEMBRE-1899

MLLE. ALICE BONHEUR

Biblioteca Regional de Madrid

15 céntimos

Polvos LAIS Corrigen las alteraciones de la piel.

Polvos LAIS Conservan siempre un buen aroma.

Polvos LAIS Hermosean y refrescan el cutis.

Polvos LAIS Perfectamente adherentes.

Trasmiten al cutis una blancura transparente que no se consigue con los conocidos hasta el día.

Venta en todas las perfumerías y droguerías.

AL POR MAYOR

F. BATRES

5, Glorieta de Bilbao, 5

PRECIOS ECONÓMICOS

"EL FUNERAL,"
AGENCIA DE POMPAS FÚNEBRES

Fuencarral, 106. Teléfono 2.304.

Servicios fúnebres completos desde lo más modesto á lo más lujoso.

Coronas, lápidas, traslados y embalsamamientos.

DESPACHO PERMANENTE

FABIÁN MERINO

ENCUADERNADOR

Farmacia, 7.—Madrid.

Especialidad en inscripciones para coronas fúnebres.

AMADOR, FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13.

Especialidad en ampliaciones y retratos de noche.

Hay ascensor.

CENTRO DE SUSCRIPCIONES
Y
ENGUADERNACIONES
DE

Juan Antonio Martinez

7, PORVENIR, 7.

LA UNION.—(MURCIA)

Este Centro se encarga de la explotación de toda clase de obras, periódicos y revistas para la venta y suscripciones en esta plaza y sus pueblos limítrofes, y dispone de personal capaz para el mayor éxito en esta clase de negocios.

Corresponsal en La Unión de
EL ALBUM DE MADRID

DISPONIBLE



EL ALBUM DE MADRID

I DE SEPTIEMBRE DE 1899

“CHITO-CHITO,,

(Lo que queda de un clown famoso.)

¿Se acuerda usted, respetable lector?

A usted me dirijo, mi bondadoso señor; á usted que *polleaba* allá por los años del sesenta y tantos, en pleno apogeo del desaparecido Circo de Paul; á usted Tenorio de *mujeres* y amigo de acróbatas y danzantes; á usted, á quien por respeto á sus años y veneración á sus canas no trato tú por tú, según licencia que nos tomamos los que nos valemos de la pluma para solaz ó para tormento de las gentes, que de todo hay en el oficio...

¿Se acuerda usted de *Chito-Chito*?

Era un negrazo fuerte, atlético, de recias espaldas, ancho pecho, rostro vivo é inteligente, bien conformada cabeza, con el pelo crespo y rizado como piel de carnero; era equilibrista, saltador, habilísimo jugador de manos, diabólico juglar, cantante bufo de gracia inimitable; era el *divo* de la *troupe* de Paul. Ahora se anunciaría con letras tamañas como elefantes: ¡el excéntrico! ¡el *clown*! ¡el rey del tapiz! ó ¡el príncipe de la pista!

Entonces era el payaso *Chito-Chito*, y cuando asomaba haciendo visages, con su traje de seda de colores chillones, bordado de

lentejuelas, su peluca de tres puntas y su rostro negrísimo brillante, una carcajada general se despenaba desde las graderías á las sillas, el buen público de progresistas—y usted también ¡no vale negarlo!—aplaudían á rabiar y *Chito-Chito*, para corresponder á tales demostraciones de popular simpatía, daba cuatro saltos, tiraba por el aire varios afilados cuchillos que recogía con maravillosa destreza, cantaba alguna romanza de las zarzuelas de Oudrid y Gaztambide, entonces muy en boga; eso sí, haciendo una graciosísima caricatura de la tiple ó del tenor ó bien se arrancaba con una preguntilla ingeniosa de este jaéz:

—Vamos á ver, ¿quién fué el padre de las hijas del Zebedeo?—que hacía desternillar de risa á las gentes.

¿Se acuerda usted de Herminia, la inglesita pálida, rubia, bellísima, delicada como un lirio—entonces todavía eran lícitas estas comparaciones—que traía locos á los abonados calaveras, y que sin otras habilidades que la de sostenerse de pié sobre un caballo de galope corto y mansedumbre de asno, saltar sobre unas cintas y romper los consabidos aros de papel, recibía más aplausos que los demás artistas de la *troupe*?

Pues si aquella noche en que por torpeza del otro payaso se enredaron los pies de Herminia en el aro, hubiese caído de cabeza la inglesita, saltándose los sesos, en lugar de caer en los brazos de *Chito-Chito*, este se hubiera ahorrado amarguras, y sinsabores, y penas hondísimas, y lágrimas y miserias...

¡Eh, señor mío, no anticipe usted el discurso!

No trato de colocarle los amores trágicos del *clown* obligado á hacer gracias y á decir brutalidades «llevando un infierno en el alma.» Eso está ya muy usado, y que ahora recuerde pasan de la docena los payasos que en letra de molde he visto matar á mano airada á la ingrata y pérfida *ecuyere* que los traicionaba.



Herminia que bromeaba con los abonados sin distinguir á ninguno, que tuvo á sus pies á lo más linajudo de la nobleza y á las más sólidas fortunas del reino, que fué objeto de un continuo asedio y que pudo centenares de veces cambiar la silla del caballo sobre la cual, entre piruetas y sonrisas, se ganaba el garbanzo de cada día, por un hotel en la Castellana, un palco en la ópera y una carretela en el Retiro, tuvo cierta noche la malditísima ocurrencia de echarse en los trémulos brazos de *Chito-Chito*, vendida por las dulces miradas del payaso negro, sin resistencias, sin lucha, en un ataque de pasión invencible, loca, disparatada, que á la tierna inglesita dió frío en los tuétanos, pasados los momentos de perturbadora embriaguez...

Fué de ver la santa indignación de aquellos señoritos que iban por las tardes al Congreso á conmovirse escuchando la arrebatadora palabra de los tribunos que en nombre de Dios pedían la igualdad de las razas y la libertad de los esclavos, cuando se enteraron de los inverosímiles amores de Herminia y *Chito-Chito*.

¡Aquello no podía tolerarse! ¡aquello era un ultraje vergonzoso! ¡Preferir á un payaso feísimo y negro!

¡Un ser degradado de una raza inferior y despreciable!

Los timbres preclaros de los unos y las atiforradas bolsas de los otros clamaron venganza y á la noche siguiente, al aparecer *Chito-Chito* con el mejor de sus trajes de colores brillantes y su peluca de tres puntas, un coro inmenso de protestas, de silbidos, de patadas en la gradería de tablas, de gritos, ¡hasta de insultos! acogió su presencia.

El payaso no pudo trabajar; intentó una pirueta, y cayó de cabeza en una postura ridícula; tiró por alto los cuchillos, y se le clavó uno en la mano; probó á cantar una romancilla popular, y su poderoso falsete quedó ahogado por el llanto que le subía del corazón hasta los ojos... ¡Un verdadero desastre!..

A cada cual lo suyo; Herminia fué buena aquella noche, una solamente en todo el tiempo de sus descabellados amores. Sus caricias, sus protestas de lealtad y de eterna unión, consolaron al

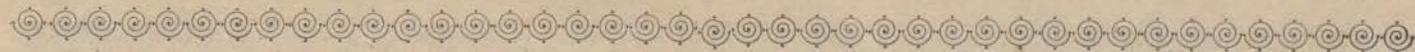
pobre negro. Al día siguiente la *ecuyère* y el *clown* marcharon de España.

Con decirle á usted, mi respetable señor, para su satisfacción, por si era usted de los despechados, que desde aquella, para *Chito-Chito*, infausta noche, no tuvo este momento bueno, ni alegría duradera en su vida miserable, me ahorro «una porción» de tiempo, unos trozos de papel y unas gotas de tinta.

En todos los circos de Europa y América se repitió la *debacle* de Paul. En todos hay abonados inflamables; en todos Herminia fué aplaudida, festejada, solicitada, perseguida con alevosía y ensañamiento, y en todos pagó el pato *Chito-Chito*, lanzado de la pista á patatazo limpio en cuanto la gente se enteraba, con indignación, de sus amores con la inglesita.

Y no era esto lo peor; lo peor era que Herminia, desde que el *clown* salía á grita por representación, comenzó á sacar los pies del plato, á aceptar obsequios, á devolver sonrisas, mejoradas en tercio y quinto, á coquetear sin recato y sin pizca de vergüenza con los señoritos del abono, á concurrir á cenas y francachelas y á reírse de los rabiosos celos de *Chito-Chito*, como si este no tuviese unos brazos de acero y como si fuera cosa del otro jueves apretarle la garganta á una mala mujer y hasta mala madre, pues se me había olvidado decir que por aquella época Herminia había tenido un hijo, fruto de los amores con el payaso.

Ello fué en América; en una de esas Américas que nos salieron... Herminia; la inglesita abandonó á su hijo y á *Chito-Chito* por seguir á un ricachón, joven, de color de aceituna, tanto así— señalando el canto de una cuartilla— más persona que el negro, que le había hecho unos verdos dulzones, empalagosos y regalado un collar de brillantes gordos como avellanas y limpios y transparentes como lágrimas.



Chito-Chito vivió desde entonces para aquel niño. Tropezando en unos pueblos, y cayendo en otros, perdida la gracia y avinagrado el humor, el payaso resultaba fúnebre en todas partes. Llegó un día en que los empresarios no lo quisieron á ningún precio, y el pobre *Chito-Chito* se vió en la triste necesidad de trabajar en las plazas públicas, mendigando de esquina en esquina, sin más acompañamiento que su hijo, hombre ya, pero débil y enfermo, que á duras penas lograba arrancar al cornetín un sonsonete endiablado, monótono, insufrible, cortado á intervalos por el asma de su pecho, dañado por mortal dolencia...

En un lindo rincón de la costa portuguesa, en un pueblo de casitas blancas y de alegre campiña, vive *Chito-Chito*, fuerte aún y derecho y casi agíl. No lo dude usted, lector venerable, estos negros tienen más vida que los loros.

Veinte veces cada día oigo al cornetín asmático «hacer música» mientras el payaso intenta sus juegos malabares con bolas, y cucharillos; salta, gesticula, canta en falsete trozos escogidos de *El relámpago* y de *El grumete* y, por último, da la vuelta al corro de curiosos con la mugrienta chistera en la mano, pidiendo con cierta dignidad una limosna.

El amigo que me refirió esta historia cerró su relato con las siguientes palabras:

Allí arriba en la colina aquella verdinegra por los pinares tiene *Chito-Chito* su *hotel*: un casucho de tablas mal unidas, por cuyas rendijas se cuele el sol, el viento y la lluvia. Durante el verano trabaja el infeliz como lo que es, como un negro, y ahorra lo preciso para pasar malamente la internada, que es cruelesísima, metido con su hijo en el nido como dos hormigas...

Cualquier día amanecen los dos abrazados, tiesos por la helada, rígidos, muertos; y cuando pasados los meses alguna alma piadosa los eche de menós y tenga la *humorada* de registrar el *hotel*, sólo va á encontrarse un puñado de polvo junto á un cornetín de llaves abollado y mohoso... ¡Los artistas tienen todos tan mal fin..!

EDUARDO MUÑOZ.

Las mujeres de Apolo

Esta noche abre sus puertas el teatro de Apolo con una compañía muy completa y verdaderamente notable.

En el capítulo de tiples no se puede pedir más, lo cual no quiere decir que en el ramo de hombres haya deficiencias que lamentar.

Matilde Pretel.—La lindísima y graciosa tiple que tras señaladas campañas en la zarzuela grande y de haber tenido la noble aspiración de consagrarse á la ópera, se ha fijado definitivamente en el género chico, va á lucir los encantos de su figura menuda y sugestiva, los torrentes de su voz espléndida y potente y los primores de un arte escénico bien cimentado, primeramente en *El tambor de granaderos* y después en multitud de obras del repertorio y en otras que están escribiendo para ella celebrados autores.

Joaquina Pino.—No puede ni debe salir de aquel escenario, ni el público se lo consentiría sin protesta á la empresa que tan desatentado propósito tuviera. En Apolo puede decirse que nació para el arte la hermosa tiple, infatigable en el trabajo, firme en el estudio y cuidadosa de todos los detalles que puedan realizar el mérito de las obras y allí sigue halagada por el aplauso unánime y admirada como artista apreciablesísima y como mujer de belleza soberana y majestuosa.

Otra institución en aquel teatro es **Isabel Brú**. Viva, graciosa, simpática y bonita, es de las pocas tiples que cantan y una de

las que mejor hablan. Digánlo si no sus afortunadas ovaciones de *La Revoltosa* y *La Chavala* y su labor afortunada y admirable en cuantas obras toma parte.

La temporada última, tan fructífera y brillante para la zarzuela grande en el teatro de Parish, una artista joven, una niña casi, **Pilar Navarro**, hija del veterano barítono de igual apellido, se destacó del núcleo de tipes nuevas con una obra: *María del Carmen*.

El público se fijó en aquella niña dotada de una gracia cómica, de una movilidad, de una intención que no aventaja hoy por hoy ninguna de nuestras «graciosas». La Srta. Navarro ha sido una adquisición para la empresa de Apolo, y en este teatro lucirán más, porque lucirán á diario, sus admirables condiciones de tiple cómica.

Por último, **Pilar Vidal**, la insustituible, inmejorable y espléndida característica debe figurar por derecho propio en esta primera fila de las mujeres de Apolo.

Su naturalidad, su gracia, su conciencia artística le han granjeado un lugar preeminente en la escena.

Su mayor elogio lo hizo quien dijo que es la Valverde del género chico.

JUAN DE LA GALERÍA.



PILAR VIDAL



ISABEL BRU

LA NOVELA DE CUATRO TABLAS

I

En el aire puro de la mañana, el mar inmenso, tranquilo, se movía lentamente, medio dormido aún, como una bella perezosa que se vuelve en el lecho sin querer despertar, y bosteza y suspira.

Valentín miraba al mar.

Como era joven y poeta, sentía su alma, grande como aquella inmensidad, llenarse de amor ante las blandas olas, que parecían acariciar la playa; de libre alegría al soplo fugitivo de la brisa; de confusos sueños ante las blancas velas que veía á lo lejos.

¡Oh, sí! Y pensaba que del mar, del mar inmenso, que atrae y devora, había debido nacer la *Belleza*, puesto que las mujeres conservaban aún el azul verdoso del agua en sus ojos, y las ondulaciones de la onda en su cabellera, y la redondez de la ola en sus suaves curvas, y en su traidor corazón las amarguras del abismo. Un golpe de mar, una ráfaga de viento; le hicieron volver la cabeza. Exhaló un grito, y retrocedió un paso.

Allí, cerca de él, ante la tapia de un jardín que descendía en suave pendiente de un *chalet* de ladrillos color de rosa y de maderas caladas, había una caseta de baño construida con cuatro tablas, grandes, viejas, groseramente pintadas, con clavos enmohecidos de trecho en trecho, y en la caseta, que la ráfaga sin duda había abierto, resplandecía como luminosa visión, blanca y hermosa en todo su ser, un exquisito cuerpo de mujer joven y bella.

Se lanzó á ella; pero la caseta se había vuelto á cerrar. Bajó la cabeza y dejó caer los brazos. Loco estaba, en verdad. Las bañistas no son diosas mitológicas que se dejan adorar sin velos, desde el primer encuentro, por los poetas que pasan.

Se alejó muy triste, llevando en sus ojos y en su alma la químera amarga de la ideal forma que había entrevisto y que no volvería á ver jamás.

Ya en el hotel, se informó; supo que el *chalet* estaba habitado por el barón de Gênevac y su hija, y la misma noche—¡qué no puede el que quiere con buena voluntad!—se hacía presentar á ellos. Un lirio convertido de pronto en una peonía: eso fué Magdalena al ver á Valentín.

Pero ruborizada no estaba menos bella; era, á pesar de las odiosas mangas largas y el detestable vestido, que en vano pretendía disimular su hermosura, la asombrosa Venus de la playa, que se le había aparecido al poeta como radiante y luminosa visión de sus sueños.

II

Tres meses después, cuando con Valentín entró en la alcoba concupial, Magdalena no pudo menos de sonreír á pesar de los dulces temores que oprimían su corazón.

Al suave resplandor de una sola lámpara invisible, fantasmas indecisos de encajes oscilaban en los muros; como con el instintivo temblor de un pudor que apenas se defiende, y prolongaban sombras clarasva, cilantes, sobre las rosas pálidas de la alfombra, sobre el oro ligero de las sillas, sobre los adornos alegres de la chimenea. Una araña de cristal de Venecia descendía del techo, delicada y frágil, no encendida, pero esparciendo en la penumbra los argentinos sonidos y los vivos resplandores de sus cristales.

En un rincón más oscuro, entre cortinas de seda y *guipure*, que se estremecían como si quisieran cerrarse, el lecho, un poco lejos, ofrecía su misteriosa caricia. Magdalena miraba con verdadero encanto la habitación; pero cuando se acercó al lecho, curiosa, turbada, con los inquietos movimientos de un pajarillo que tiene un lazo, se detuvo sorprendida.

¡Contraste extraño! Entre las preciosas telas y los elegantes muebles, el lecho no era ni de blanca madera con incrustaciones ni de ébano mate, ni de palo rosa, ni del rosal del Japón; estaba construído, bajo tantos encajes y sedas, con cuatro tablas grandes viejas, groseramente pintadas, con cuatro clavos enmohecidos de trecho en trecho.

—¡Oh!—dijo Magdalena—¿Qué es esto?

Valentín la estrechó contra su corazón enamorado, y la dijo en voz baja:

—¿No te acuerdas, amor mío?

Y Magdalena se ruborizó más aún que tres meses antes, cuando Valentín había entrado por primera vez en el *chalet* de la playa. Pero la lámpara invisible esparcía un resplandor más ténue; próximo á apagarse, como la mirada de un ojo que se cierra; y sobre la seda de los muros, los vagos fantasmas de encajes oscilaban más indecisos aún con el temblor instintivo de un pudor que apenas se defiende.

III

Una lluvia de otoño, menuda, apretada y fría, calaba el suelo fangoso, las verjas, las coronas, los mármoles, en la gran avenida del cementerio del padre Lachaise. Blanco y negro; los caballos moviendo sus penachos de nieve y plata; un carro fúnebre subía con lúgubre lentitud la pendiente, como abrumado por la pesadez de aquel cielo gris; en los árboles, ya sin hojas, que goteaban como si llorasen, pajarillos mojados sacudían sus plumas y volaban con melancólicos píos.

Valentín, seguido de escogida multitud, marchaba detrás del fúnebre carruaje con la cabeza desnuda.

Todo el dolor que puede contener el corazón humano, se leía en su rostro lívido, en sus alterados rasgos, en sus labios crispados, en la sombra é infinita desesperación que empañaba el brillo de sus ojos.

¡Magdalena muerta! ¡Muerta á los veinte años, después de seis meses de matrimonio! ¡Muerta cuando acababa de nacer! Apenas había tenido tiempo para decirle: —«¡Te adoro!»—Le quedaban tantas penas como pocos recuerdos. Y ahora todo había concluído; ¡no la vería más! Pronto quedaría acostada para siempre en la tierra la que durante algunas noches ¡tan pocas! había dormido el sueño del amor y de la felicidad.

El dolor de Valentín era tan profundo y tan sincero que todos lo respetaban; ni una palabra siquiera en voz baja; todas las frentes inclinadas; por único ruido el de los lentos pasos chapoteando en el lodo. Pero muy pronto á esta melancolía se unió una verdadera sorpresa.

Fué cuando los sepultureros sacaron del carro fúnebre el ataúd y le quitaron el paño negro que le cubría.

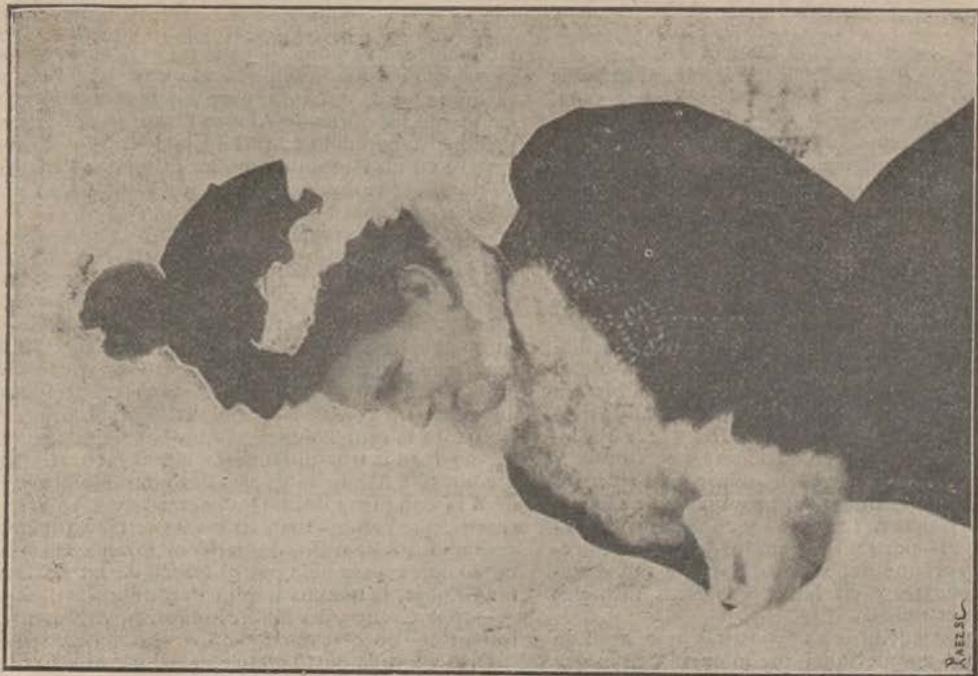
Porque entonces, mientras que en un sollozo ronco en que su corazón parecía estallar, Valentín gritaba con voz agonizante: «¡Magdalena!», se vió que el ataúd no era de ébano, ni de encina, ni aún de pino; estaba hecho de cuatro tablas grandes, viejas, groseramente pintadas, con clavos enmohecidos de trecho en trecho.

CATULO MENDES.





PILAR NAVARRO



JOAQUINA FINO



Más vale maña que fuerza.

Aún no había sido destruída nuestra bélica leyenda, ni se había olvidado nuestro hermoso romancero, ni había sido encerrada, bajo siete llaves, nuestra heroica historia. De todo eso se ha hecho tabla rasa después, y en aquel tiempo de mi cuento, que no está muy distante del nuestro, era cosa corriente el proclamar, desde la parte de acá de los Pirineos hasta Punta de Europa, que la suma, flor, cifra, esencia y compendio de la hermosura, de la gracia, de la riqueza y del valor estaban en España. ¡Y las demás naciones que se callen!

Lo que empezaba á creerse—y después ha quedado fuera de toda duda—es que nuestro ilustre y querido jefe—casi todos los españoles tienen un ilustre y querido jefe—es un zoquete.

Digo, pues, que por entonces vino á Madrid Pepe Zubia, medianamente vestido por un sastre de la calle de los Reyes Católicos de Granada, aunque más propiamente le hubiera estado la bizarra vestimenta de los zegríes, de los cuales Pepe Zubia, debía de descender por línea recta de varón, según las trazas; porque, en efecto, con su arrogante estatura, su morena tez, sus negrísimos y grandes ojos y sus arrebatados y fieros pensamientos, ridículo maridaje hacían el cuello de palomitas y el provinciano chaquet.

Trajo el propósito de terminar *la carrera*—y con esto se comprenderá que era la de leyes—pero no la concluyó, ni era de presumir que nunca pensara seriamente, siendo hombre tan duramente tallado, en decir embustes y en hacer grotescas mímicas de sombra chinesca en los estrados.

Paso por alto muchas y extraordinarias aventuras que aquí le acontecieron, y voy derecho á aquella en que intervino la mujer en quien Pepe Zubia, que tenía soberbia voz de barítono, pensaba al cantar, con tan bárbara amorosa expresión que infundía miedo:

«Stringimi, ó cara, stringimi al tuo cor,
Fammi provar l'ebrezze dell'amor.»

Llamábase aquella mujer... pero no diré su nombre, ni siquiera su hechicera persona, porque tal indicación seguramente turbaría el sosiego de una muy conocida y respetabilísima familia. Levantaré una punta del velo, pero solamente para aquellos que hayan estudiado las obras de Alonso Cano: la mujer de mi cuento tenía prodigioso parecido con una Concepción del insigne artista que se venera en un templo granadino. Cuando Pepe Zubia la vió quedó como suspenso y extasiado, y exclamó con honda admiración místico-profana:

—¡*La Concepción!*

Y, aunque pronto supo su nombre, él siempre siguió llamándola *la Concepción*.

Dede *la aparición de la Virgen*, ¡qué de sueños y cuántos disparatados proyectos cruzaron por la mente de Zubia! No entendía ni una palabra de *flirt*, ni hubiera de flirtear aunque de ello entendiera. Cuadraban sí á su impetuosa y caballeresca condición actos y recursos que ya por fortuna están fuera de moda. Años antes, en un pueblecillo del valle de Lecrín, enamórose Pepe Zubia de la mujer del sacristán. Cierta noche, cuando el matrimonio dormía tranquilamente, aquel loco de atar, cogió un hacha y empezó á hendir la puerta del pobre albergue conyugal, decidido á la conquista del tálamo sacristanesco. A los tremendos porrazos, que retumbaban en las desiertas calles y en los sombríos y silenciosos campos, despertó el misero sacristán, quien apuntando con su escopeta por el hueco de un ventanillo, al desalentado Zubia, le gritaba medio llorando:

—¡Por Cristo y su Madre, señorito, váyase usted; mire usted que lo mató!

Dios y ayuda costó que se marchase el señorito.

Parecida escena quería repetir Pepe Zubia en casa de *la Concepción*, que también era casada, y lo es, y por muchos años lo sea.

Se dirá: «Pues qué ¿no se percataba Pepe Zubia de que era pésimo expediente para lograr el favor de una mujer, el acudir al escándalo y á la violencia?»

Sí, se percataba de ello, pero su corazón, en que rebotaban el valor por cualquier lance de fuerza y la ternura para toda lástima, encerraba de igual manera invencible y absoluta timidez para afrontar la emoción de la primera entrevista amorosa en que hay que decir, con más ó menos habilidad: *Yo quiero á usted*. Y puesto que se reconocía incapaz de todo alarde diplomático, requería desde luego la espada é intentaba reproducir el robo de las Sabinas.

Convirtiósese Pepe Zubia en sombra de *la Concepción*, que por aquel entonces paseaba mucho; se sabía al dedillo las visitas que hacía, las tiendas en donde compraba, los teatros á que asistía. Por donde quiera que *la Concepción* fuese, bien segura podía estar de que la escoltaba Pepe Zubia, que *se la comía* con los ojos en tanto que no le mirasen los de ella, grandes y luminosos como soles.

Y ella ¿qué pensaba de Pepe Zubia? Una amiga de *la Concepción* que había sido *Presidenta* de la Audiencia territorial de Granada, y que conocía á la familia de Pepe Zubia, me ha dicho poco tiempo ha que si este hubiera tenido más firme el sentido, *la Concepción*, por amor á él habría pasado.

«... aquel puente que separa
á Eva inocente de Eva pecadora.»

La Presidenta jura que su amiga *se timaba* horrorosamente con Zubia. Verdad debía de ser, puesto que éste—¡él tan tímido!—se determinó á escribir una carta á *la Concepción* declarándole su pasión y pidiéndole una cita. ¿Cómo y cuando le entregaría la tal carta? En esto cavilaba Zubia, cuando vino á intentarlo de la desdichada manera que verán los pocos lectores que acaso me hayan seguido en este insustancial relato.

Cierto domingo de Junio en que *la Concepción* oía misa mayor en las Pascualas, Pepe Zubia esperaba frente á la iglesia, decidido á que aquel día, y fuese como fuese, su carta estuviese en poder de la mujer idolatrada. Paseábase de un lado para otro, ha-

blando solo, gesticulando y con los nervios enteramente insubordinados. Parecía un hermoso león del Atlas en los momentos precursores de la calentura.

Salió *la Concepción*. En la penumbra del pórtico, ella, en cuya divina cabeza brillaban los dorados cabellos como aureola celeste, parecía real y verdaderamente una virgen. Miró á Pepe Zubia con intensa y serena mirada, y bajó por la acera hacia la Castellana.

Pepe Zubia estaba como galvanizado. Aquella mirada, comparable á una corriente eléctrica, habíale abrasado el corazón. Sin saber como advirtió que estaba estrujando entre las manos la carta que destinaba á *la Concepción*. «¿Es qué nunca habría de entregársela? ¡Ahora mismo!» En la puerta de la iglesia hervían los mendigos; rezadoras; mancos; ciegos; llagados... Metióse en medio de ellos, y con furibunda voz exclamó:

—¡A ver, gusanos! ¿Quién de vosotros quiere ganarse un duro por entregar esta carta á aquella señora? ¡Vamos, uno, vivo!

Los pordioseros quedaron un instante aterrorizados ante aquel trueno; pero pronto un lisiado, más feo que el diablo, que se arrastraba á cuatro patas, dijo entre humilde y socarrón:

—Venga el *veraguas*, señorito.

—Entrégole Zubia la carta y el duro, y el lisiado arrancó al trote hacia *la Concepción*, cloqueando sonoramente en las baldosas con las tablas que calzaban sus manos, parecido á una hedionda tortuga, bajo un sol africano que encendía su monstruosa y harapienta espalda.

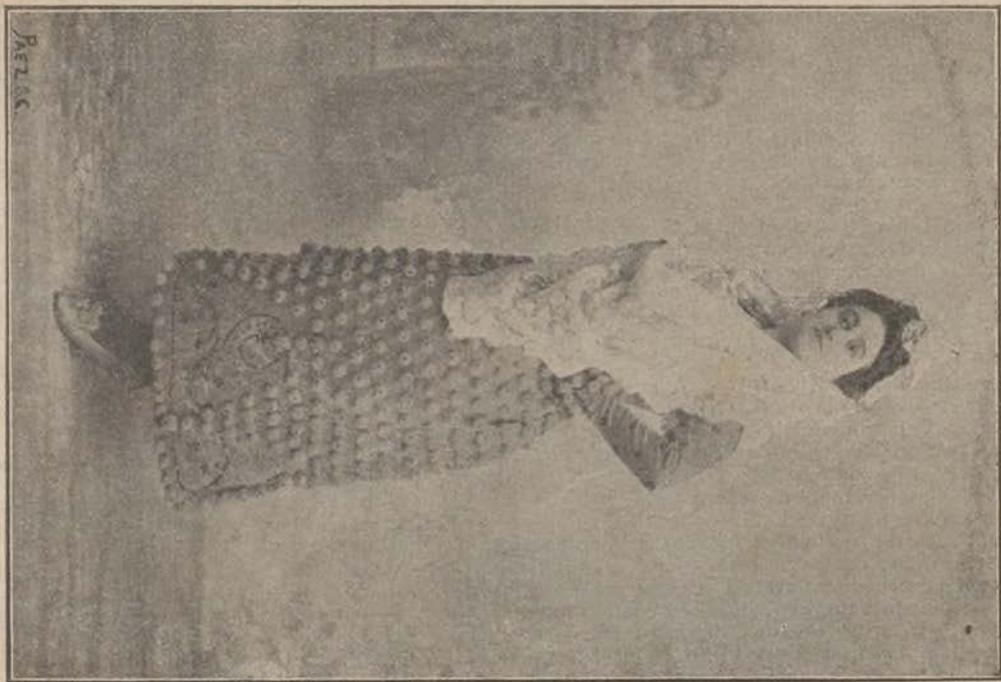
Alcanzó en la esquina de la calle del Saucó á *la Concepción*, á quien dió un tironcito en la falda y mostró la carta, diciendo:

—Señorita, de aquel señorito...—y designaba con una tabla á Zubia

Paróse *la Concepción*, dirigió una mirada de asco al hediondo bicho, otra de lástima y desdén á Pepe Zubia, sonrió con amarga ironía, y continuó su marcha, como si nada hubiera sucedido.

—Y lo quería—afirmaba *la Presidenta*—¡Vaya si lo quería! Pero ya se ve: Pepe Zubia era un salvaje.

EVARISTO RÓMERO.



MATILDE PRETEL

REAL DECRETO

S. M. el Rey (q. D. g.), y en su nombre la Reina Regente del Reino á cuantos vieren y entendieren sabed:

Con motivo de la peste bubónica que tantos estragos viene produciendo en las partes de Portugal... invadidas por la epidemia indicada, venimos en decretar:

1.^o Queda nombrado presidente del Consejo el doctor Morales.

2.^o Las columnas llamadas de aseo quedan declaradas monumentos nacionales.

3.^o Atendido el peligro que pudieran ocasionar á la salud pública, se procederá al acordonamiento (sojo cajistas) que es acordonamiento) de los Sres. Rodríguez Mourelo, Becerro de Bengoa, Jackson Veyan y Sepúlveda (D. Enrique.)

4.^o Los aparatos de Montjuich y demás canitas se considerarán estufas de desinfección mientras dure el mando de los conservadores.

5.^o Se procederá á la curación inmediata de los dos Santos Ecay bubónicos que le han salido al Sr. Dato.

6.^o En todos los lazaretos portugueses dará conferencias festivas el Sr. Taboada (D. Luis) para alivio de los enfermos y auxilio del exhausto fondo de calamidades públicas.

7.^o Apenas pronuncie un discurso el conde de las Almenas, se declararán procedencias sucias para el Gobierno todas las que radiquen del lugar infestado.

8.^o Los «meeting» de San Sebastián se considerarán peste bubónica. Se procederá á la desinfección por medio del juego en el Casino y de los trabajos nocturnos de las Oblatas.

9.^o El gentil Sr. Villaverde quedará declarado en estado de cuarentena mientras no desaparezca la peste. Lo que se avisa á las empresas para que rescindan sus contratos.

10. Los ingleses se encargarán muy en breve del próximo acordonamiento de España desde las Canarias á las Baleares.

Dado en Madrid á veintidos de Agosto de mil ochocientos noventa y nueve.

Por la copia,

RODRIGO SORIANO.

Recuerdos de la Historia

Cruces de Calatrava y Jerusalem.

Sin fecha ni firma, y mal insertado, entre legajos de diversa índole hay uno del siglo XVI donde el curioso historiador estudia los orígenes de muchos escudos pertenecientes á la nobleza. Hablando de las cruces de Calatrava dice: «La cruz floreteada de hechura de la de Calatrava se ganó en la batalla de las Navas de Tolosa, 16 de Julio de 1212, en memoria de la que se apareció á los cristianos este día; y los caballeros que se hallaron en tan glorioso triunfo la pusieron en sus armas. Otras innumerables familias pintan en sus escudos la cruz de esta forma; pero indebidamente si no descienden de aquellos guerreros.»

De la cruz de Jerusalem añade: Esta cruz tiene la forma que entre los egipcios era geroglífico de la esperanza; y le conviene muy bien, pues fué por la conquista de la casa santa donde se obró nuestra Redención. Se diferencia de las otras por ser la más gloriosa del mundo y contra lo recibido se organiza metal sobre metal, que es en campo de plata cruz de oro. El motivo para esta excelencia, contra las reglas de armería, fué que Godofredo de Buillón y los demás príncipes que le ayudaron en su empresa deliberaron que en memoria de tan milagrosa victoria les fueran dadas armas diferentes de las comunes y así más fácilmente se reconociesen las falsas.»

EL PRESIDARIO

CUENTO

Durmiendo estaba todavía Pedro en el mísero camastro de su calabozo, cuando el chirrido de llaves y cerrojos que se descubrían le hizo despertar sobresaltado.

—¿Qué ocurre, que vienes á visitarme tan temprano?—gritó ásperamente al carcelero.

—Pues ocurre—contestó éste en el mismo tono—que tú y otros presos cuyas causas están *sentenciás y concluías* formaréis una cuerda y *sus* marcharéis dentro de una hora pa el presidio de Cartagena.

—¿Dentro de una hora? Nada me habían dicho de este traslado.

—Pues qué ¿querías que te preguntarán si te gustaba el paseo?

—¡Increíble parece que á un ser humano se le trate como á bultos de mercancías!

El carcelero se echó á reír y contestó:

—Si es porque querías despedirte de tu familia, no te apures. Se han corrió las voces de que hoy iba á salir una cuerda de presos, y las familias de toos han venío á despedirlos.

—No me apuro por nada; no tengo nadie que lllore mi desgracia.

—Algo menos será, que tienes una hija.

—Me parece Melitón que te gusta hacerme sufrir.

—¿Yo? Me tiene sin cuidiao el que penes.

—Tú sabes por qué estoy preso; porque mi hija, ese ser perverso, me ha denunciado acusándome de estafador.

—La verdad; tu te has gastao en juergas y comilonas los dineros que ella heredó de su madre, justo es que te veas en donde te ves.

Pedro consideró imposible inculcar en el cerebro de aquel hombre envilecido, la sublimidad del amor paternal.

Si él había gastado la herencia de su hija ¿tendría esta, moralmente, derecho en ningún caso, para procesar á su padre? No,

puesto que á un padre se debe lo que no tiene precio, lo que nunca podrá pagarse: la existencia, sin la cual, no hubiera podido disfrutar la fortuna de que se hallaba desposeída.

Dolorosísimo es, ciertamente, para un hombre, que lo que pudo ser un asunto de familia se convierta en un proceso.

En este caso, lo más sublime de la tierra, el amor filial, se hallaba confundido con lo más deleznable del mundo; el presidio.

Después de dos años de prisión, todavía le parecía á Pedro un sueño lo que le acontecía.

Sentado á los pies de su camastro, sumido en las lobregeces del calabozo, se complacía en atormentas su imaginación, haciéndola recordar los venturosos días de su juventud, que eran los de la niñez de su hija.

A pesar de los años trascurridos, no podía olvidarse de aquellos besos que daba á su hija, al calor de los cuales, se habían criado sus instintos perversos.

Cómo podría figurarse que aquella niña tan encantadora, andando el tiempo había de cometer la más villana acción imaginable?

Todos estos pensamientos que arrancaban lágrimas de dolor á los ojos de Pedro, le habían hecho enfermar hasta el punto de que, no teniendo más que cuarenta y dos años, no se veía en su cabeza ni un cabello negro. Blancos eran como los de un anciano.

Melitón; con sus rudos modales, le sacó de su abstracción, haciéndole que bajara al patio donde les aguardaban ya algunos de los presos destinados al otro penal.

Allí les sirvieron un nauseabundo rancho, y cuando el sol acababa de descender á la tierra y los pajarillos revoloteaban por el espacio, saludando con sus trinos al astro del día, abriéronse las puertas de la fortaleza.

Llegó el momento solemne. Los presidiarios que aun conservaban en su corazón un resto de amor á sus familias, se sintieron emocionados al pensar que iban á verlos un instante, y á respirar el aire puro de los campos, después de algunos años de encierro.

En el pecho de Pedro, el padre calumniado y perseguido, germinaba todavía la piedad hacia su perseguidora.

¡Oh, si viniese á pedirme perdón!...—exclamaba el desdichado presidiario.—Gustoso iría entonces á extinguir mi condena viéndola arrepentida.

Y con la esperanza de verla, cruzó los umbrales de la cárcel, procurando descubrir entre la multitud el rostro de su hija. Por fin la vió.

Olvidóse en aquel momento de que se hallaba privado de la libertad, y dió un paso para ir á su encuentro; pero se lo impidió la cadena que le sujetaba á él y á otro penado.

Quiso volver varias veces la cabeza, para ver quizá por la última vez á su hija, y el cabo de varas que estaba á su lado le gritó, cual un día gritaran al Salvador del mundo: ¡Anda!

Entonces comprendió en toda su magnitud lo que es la vida del presidiario.

Estaba en el campo, y no podía admirar su belleza; había visto á su hija, y no había podido abrazarla. ¡Qué desgraciada suerte la del confinado!

De lo que todos los hombres disfrutan, sólo participaba del aire que refrescaba su frente calenturienta.

De las libertades que gozan los que viven en sociedad, sólo poseía la libertad del pensamiento, para el que no existen leyes, ni poderes que sobre él ejerzan coacción, pudiendo, aun estando cautivos, hacerle vagar á capricho por el mundo de lo ideal.

En tanto que la cuerda de presos se alejaba por el camino, una mujer, la hija de Pedro, seguía con la vista la marcha de los presidiarios.

En su rostro se veían signos inequívocos de una gran excitación interna.

¿Era, acaso, que empezaba á sentir los efectos del arrepentimiento?

¿Era que experimentaba un goce satánico por la marcha de su padre, llevando su rencor al último extremo?

Imposible juzgar por su semblante cual de los dos sentimientos la animaba.

Por fin desaparecieron los presos á la vista de los curiosos dejando tras sí una nube de polvo.

Entonces la hija de Pedro dió algunos pasos como para seguirles; hizo un esfuerzo para gritar, pero la voz se ahogó en su garganta, sin que pudiera articular ni una palabra, y cayó al suelo mordiéndose rabiosamente la tierra.

Tal vez en aquel momento había querido pedir públicamente perdón.

Tal vez moría impenitente.

Quando los circunstantes acudieron á levantarla, acababa de espirar. Todos los del pueblo, que sabían su historia, no pudieron menos de ver en aquella muerte la justicia divina, pero menos rencorosos que la muerte, se arrodillaron ante el cadáver, y descubriéndose respetuosamente, murmuraron una oración.

A los labios de todos, sin que ellos lo intentaran, acudieron estas palabras que simbolizaban su fe religiosa:

¡Dios es grande!

MIGUEL SANCHEZ DE LAS MATAS

UN CONSEJO

Todos, al ver tu hermosura, exclaman entusiasmados:

—¡Vaya un cuerpo! ¡Qué cintura!

¡Qué rostro, qué dentadura,

y qué andares tan salados!

Aunque no eres orgullosa,

esto de gozo te llena;

más oye bien una cosa:

antes de decir: ¡Qué hermosa!

haz porque digan: ¡Qué buena!

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.

CONTRA REFRAÑES

I

Sucedió que en un pueblo, un cosechero
creyendo el majadero
que su vino por bueno lo vendiera
sin llamar á la gente con bandera,
no hizo de ella uso;
y el vino ¡es natural! se descompuso;
pues estuvo año y medio destapado
sin vender ni un cuartillo mal pagado.
Desde entonces el hombre por Agosto,
pensando ya en el mosto,
coloca una bandera colorada
y dice á su cuñada:
«Estoy de los refranes escamado,
pues el año pasado
mientras Pedro su vino consumía,
el mío en mal vinagre se volvía.
*El refrán es lector muy verdadero,
mas si eres cosechero
de vino malo, ó bueno, ó como quiera,
no te fies de él, pon la bandera.*

II

Estaba al sol tendido
un perro ya rendido
de buscar por las calles un rebojo,

por el cual padecía de un antojo.
Ya triste dormitaba
y en sueños se acordaba
de un buen trozo de carne de ternero
que robó por descuido á un carnicero.
Qué bueno, se decía,
al par que se dolía,
me supo de jamón aquel pedazo,
por el cual me arrearon un trancazo.
Y estando así pensando,
sintió como rodando
una cosa llegar hasta su hocico
que exhalaba un olor bastante rico.
Al punto y sin recato
aviva más su olfato;
y ve cerca de sí con extrañeza
un hueso de pernil ó de cabeza.
Sobre él presto se lanza,
Lo come sin tardanza
y no dá, ni aún las gracias al criado
que le dió tal banquete inesperado.
*Ya ves, lector sincero,
que siempre verdadero
no lo es el refrán que dice eso
de que «perro parado no halla hueso.»*

EDUARDO TEJERINA.

Valladolid y Agosto de 1890.

Se admiten anuncios en esta Administración á precios convencionales.

AVISO A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

LISTA PERMANENTE

Corresponsales que piden paquetes, pero que no pagan:

- Alcalá de Hepares.**—Julian Lobo.
- Alcoy.**—Miguel Escobedo.
- Ávila.**—Bruno Sancho.
- Cuevas (Almería).**—Pedro Pérez.
- Granada.**—Gabriel Jáuregui.
- Santander.**—J. C. Meléndez Valdor.
- Sevilla.**—R. Morilla.
- Toledo.**—Constantino Garcés, director de *La Campana Gorda*.

(Se continuará.)

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
VILLINGRVA, 17

Faint handwritten text, possibly a signature or date, located at the bottom center of the page.

Biblioteca Regional de Madrid